

Profesor Antonio Galdó



En su Granada natal y del alma ha fallecido el día 26 de febrero el Profesor D. Antonio Galdó, no mucho tiempo después de lamentar la desaparición de otro miembro ilustre de su generación, el Prof. Enrique Jaso. Parece así cerrarse un ciclo importante de la Pediatría española: el de aquellos maestros, que con un fundamento clínico muy sólido empezaron a incorporar los crecientes avances científicos,

representados por los métodos de laboratorio, cuya figura europea más emblemática fue el Prof. G. Fanconi.

Me encarga el Prof. Manuel Bueno, director de Anales Españoles de Pediatría, el triste deber de transmitir esta dolorosa noticia. Lo hago poco después de dar nuestra emocionada despedida, acompañando a numerosos amigos y discípulos de varias épocas, familiares de pacientes y representantes de las instituciones a las que consagró gran parte de su vida: Universidad de Granada, Facultad de Medicina, Real Academia de Medicina y Sociedad de Pediatría. Redactadas con poco tiempo, estas líneas tal vez pueden estar empañadas por lógicos sentimientos de pesar y ya de añoranza, pero ciertamente no deben encontrar dificultad para expresar lo que para muchos acaba de ocurrir: la irreparable pérdida de un compañero ilustre, un amigo y un maestro. Con más tiempo y el debido reposo, otros podrán recordar con más propiedad los perfiles de su personalidad humana y el valor de su impronta en la Pediatría española durante cincuenta años de labor científica, docente y profesional.

No es difícil, ciertamente, encontrar un significado positivo a la trayectoria vital del Prof. A. Galdó. Vaya por delante la opinión de la mayoría: su plena dedicación a los tres valores que más estimaba, la familia, Granada y la Pediatría.

Nacido en 1906, pronto iba a cumplir 88 años de edad. Finalizó la licenciatura de Medicina en su querida Facultad de Medicina de Granada, a la que estuvo ligado de por vida, pasando por todos los escalones docentes, hasta llegar a ser su Decano en una gestión recordada como muy eficaz. Discípulo del Profesor Rafael García-Duarte, pasados los años le sucedería,

siempre en la misma cátedra. Para ello tuvo que poner a prueba no sólo su sólida preparación y formación, mitad francesa y mitad germánica como sucedía a menudo en aquellos años, sino sobre todo su tenacidad, cualidad que posiblemente es una de las que mejor supo transmitir a sus discípulos, además de su conocida pasión por la clínica y el afán por la enseñanza. Después de vencer numerosos obstáculos en las primeras oposiciones a Cátedras de Pediatría, que podían ser cubiertas después de los años terribles de la guerra civil y sus secuelas, pudo desempeñar ya como titular la de Granada, lo que hizo, como es sabido, con gran dedicación desde 1948 hasta su obligada jubilación en 1976.

Quien desee tener un paradigma de lo que entonces suponía la lenta y difícil formación de un pediatra clínico, docente y científico puede asomarse con respeto a su curriculum vitae, extenso y pleno de éxitos, comprendiendo así que sólo después de bastantes años, de subir numerosos peldaños, se puede conseguir la plenitud en estas complejas tareas y convertirlas en los esperados frutos de lo que más suele perdurar: una Escuela pediátrica, como simiente de numerosos discípulos y el mejor testimonio de la presencia de un Maestro. Intentar hacer todo esto de una forma acelerada, según el espíritu de los nuevos tiempos o apoyándose sólo en la oportunidad de las normas administrativas y otras situaciones coyunturales, quizá proporcione triunfos aparentes y fugaces, pero sin duda, con una huella más efímera.

Pero si las actividades universitarias de D. Antonio constituían su máximo galardón, que gustaba recordar con sabrosos detalles anecdóticos, antes de ellas y de acuerdo con las necesidades y orientaciones de cada época, había desempeñado puestos de trascendencia en instituciones que ya son historia: Dispensario de la Gota de Leche, Puericultor del Estado y Director de la Escuela Departamental de Puericultura. En ésta se empezaron a formar, de manera oficial y con título, las primeras generaciones de especialistas en Puericultura y luego en Pediatría, gracias al acierto de unir la citada escuela sanitaria con las clínicas universitarias de Pediatría, que sólo eran nueve en los años evocados.

Eran tiempos de alta natalidad, numerosos niños, siempre adorables, pero con frecuentes procesos patológicos que alcanzaban elevadas cotas de mortalidad en el primer año de vida. Reclamaban la ayuda de nuevos pediatras para aliviar sus tras-

tornos, prevenirlos con escasos medios y tratarlos más con amor que con una terapéutica, todavía de poco fundamento científico. Igualmente, el prestigio clínico y el reconocimiento social de los pediatras de aquella época, deslumbraba e influía en las abundantes vocaciones de jóvenes postgraduados. Estos deseaban orientarse hacia nuestra especialidad, teniendo que luchar ya entonces con la limitación de plazas impuesta por la escasa capacidad de los centros asistenciales pediátricos, hasta que fueron aprovechadas las nuevas residencias de la Seguridad Social, de las que los catedráticos eran consultores, y más aún con la creación de los modernos hospitales monográficos pediátricos, a la cabeza de ellos los de Madrid y Barcelona, como aquí recordaba F. Collado.

La autoridad de aquellos maestros no era discutida y su éxito generaba nuevos triunfos, pero también obligaciones. Por ello, no es de extrañar que el Prof. A. Galdó fuera luego Director del Hospital Clínico de Granada (en donde creció la figura del médico interno, hasta entonces inexistente), Decano de la Facultad de Medicina, destacado académico de la Real Academia de Medicina, fundador de la Sociedad de Pediatría de Andalucía oriental, presidente de Congresos y tantas otras actividades que ahora no es posible enumerar. Una excepción, a la que dedicó especial atención y cariño: la Asociación de Antiguos Alumnos de la Facultad de Medicina de Granada. Al frente de ella tuvo iniciativas muy felices, posiblemente parte de su éxito creciente, incluso en años como los actuales cuando las Facultades de Medicina se han multiplicado y parece cada vez más acusado el alejamiento entre alumnos y profesores.

Si para algunos no hay historia sino biografía, la del Prof. A. Galdó ocupa un verdadero lugar de honor en los anales de la Universidad de Granada, como en los de la Pediatría y en toda la Medicina Española de un largo período de tiempo. Los que tuvimos el honor de compartir sus mejores años, los recordamos como momentos estelares de nuestra carrera, pero los tiempos sin duda han cambiado y con ellos los lectores de esta revista. Muchos de ellos no habrán tenido la ocasión de conocerle personalmente, ni la oportunidad de saborear sus demostraciones clínicas, sus didácticas revisiones o sus minuciosos diagnósticos diferenciales, base de lo que hoy conocemos como historia clínica orientada por problemas, y realmente necesarios en una época en la que los métodos complementarios eran escasos y los errores diagnósticos especialmente frecuentes. Por ello, ahora que desaparece al mismo tiempo un maestro, un compañero y

un amigo, hay que proclamar que en este momento es cuando mejor se conoce el valor de la vocación en toda actividad docente o médica, la complejidad de la capacidad para enseñar, la obligada personalidad poliédrica de un maestro, la conveniencia de dedicarse a esta tarea como una verdadera especialidad y finalmente presidir toda actuación con el ejemplo y el entusiasmo. Sin ellos, todo lo demás puede ser inútil.

No han sido demasiados los que se puedan preciar de haber conocido a fondo ese gran corazón de D. Antonio Galdó, que le ha fallado en un lluvioso día de febrero. Por mi parte, tuve la suerte de ingresar en la Clínica Universitaria de Pediatría de Granada como alumno interno poco después de que él consiguiera de forma oficial la cátedra. Pude así participar en una etapa especialmente activa, donde el trabajo en la clínica, las sesiones semanales, los pases de visita de medio día, la preparación de congresos y tantas otras actividades se sucedían, alternando con las publicaciones: la revista "Actualidad Pediátrica", los dos volúmenes de "Progresos en Medicina Infantil" o las tres ediciones de "Exploración Clínica en Pediatría", a cargo de la fraternal editorial Quesada.

Múltiples tareas de uno y otro, más que mi alejamiento geográfico en las cátedras de Cádiz y Barcelona, obligaron a espaciar nuestros contactos y colaboraciones, pero desde hace dos años hemos compartido una nueva etapa, en la que de nuevo he aprendido de él casi tanto como en las anteriores, y de nuevo la obsesión por el trabajo bien hecho y la lección del tesón. No quiso que un nuevo libro de "Exploración Clínica en Pediatría" fuera un trabajo hecho por otros y ofrecido a él como homenaje, sino que asumimos la dura tarea de hacer una obra nueva, adaptada a las muy distintas necesidades de la Pediatría actual. Un Tratado de Exploración, que en estos días empieza a editarse por Masson-Salvat Medicina. Será pronto un nuevo y definitivo legado, a la vez que un motivo más para permanecer en el recuerdo de los pediatras y prolongar su huella humana y profesional.

En nombre propio y de los responsables de esta revista, renovamos nuestro profundo pesar y compartimos el dolor de su viuda D^a Fernandda Muñoz y de su familia, entre ella los profesores Gabriel Galdó, Jesús Moreno y E. Narbona.

PROFESOR MANUEL CRUZ
Catedrático de Pediatría y Puericultura
Marzo 1994